

ritu divinitatis afflatur, conculcatis terrestribus, caelestibus inhiat et æternis. «Al que el Espíritu de la divinidad anima con su soplo, arroja á sus pies las cosas de la tierra y no suspira más que por las del cielo y de la eternidad».

Pero tengamos cuidado y no olvidemos nunca esta caritativa recomendación del gran San Basilio: «Lo mismo que en un espejo sucio y empañado no pueden verse las imágenes de los objetos, así el hombre no puede recibir la luz del Espíritu Santo, si no arroja de sí el pecado y las afecciones de la carne».

En fin, recordemos que cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, la augusta Madre de Dios, la Santísima Virgen se hallaba en medio de ellos, siendo de alguna manera su intermediaria para que recibieran este divino Espíritu. ¿Queremos que descienda sobre nosotros con la plenitud de sus dones? ¿Queremos, sobre todo, que conceda abundantemente á nuestros sufrimientos, á nuestras penas, á nuestros trabajos, á nuestras tribulaciones la virtud deífica que los hará meritorios para nosotros y saludables para los demás? En una palabra: ¿Queremos ser verdaderos apóstoles del sufrimiento? Pues dirijámonos á María, nuestra dulce Madre, y supliquémosla por amor de su Hijo amantísimo que nos obtenga la amistad, el favor, las gracias y todos los dones del Espíritu Santo, su divino Esposo. Unámonos á las santas disposiciones de su corazón virginal y conjurémosla para que diga con nosotros esta oración conmovedora que San Agustín dirigía al Espíritu Santo: «Inspíradme para pensar siempre en acciones santas; obligadme á cumplirlas; exhortadme á amaros; fortificadme para que os conserve; guardadme para que no tenga la desgracia de perderos: *Sanctum semper opus in me spira ut cogitem; compelle ut faciam; suade ut te diligam; confirma me ut te teneam; custodi me ne te perdam* (1)».

(1) Soliloq.

CAPÍTULO XV.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS FAMILIAS Y ENTRE LOS SIMPLES FIELES.

Réstanos decir dónde debe ejercerse este apostolado del sufrimiento, cuya excelencia y misteriosa fecundidad acaban de revelarnos las consideraciones precedentes. ¿Cuál es el campo, el teatro sobre el cual los apóstoles del sufrimiento han de realizar su misión? El campo del celo católico es el mundo entero; y el verdadero apóstol del sufrimiento no excluye de sus intenciones caritativas á ninguna de las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre. Sin embargo, aunque El padece por todos los hombres en general, dirige más especialmente la acción misteriosa de sus sufrimientos sobre los que el Espíritu Santo le designa.

Entra, en efecto, en los designios de Dios, y la armonía general de sus obras lo exige, que cada obrero trabaje en la viña del Señor la porción que se le asigna, á fin de que, concentrando principalmente sus fuerzas sobre este punto particular, trabaje con mayor eficacia. Y esto es lo que el Espíritu Santo tiene la costumbre de inspirar á las almas que se dejan conducir por su gracia. Al soplo vivificante de este divino Espíritu, el alma cristiana, el corazón cristiano, reciben como una doble impulsión, como un doble movimiento. El uno es universal y la lleva á derramar su afecto y su celo sobre todos los miembros de Jesucristo, sobre todos los hijos de la Iglesia; y si esta alma se ha engrandecido al contacto del sagrado Corazón de Jesús, también sobre la humanidad entera, para conducirla al servicio y al amor de su Criador.

Pero al lado de este movimiento universal que hace que el alma fiel se derrame sobre el mundo, como para que sean más fecundos su oración, sus

sufrimientos y los santos ardores de su amor, hay un movimiento más especial, más circunscrito, más restringido, que indica ordinariamente al alma el designio particular de Dios sobre ella, y la parte de su viña que la da á cultivar. Este movimiento interior es el atractivo de la gracia, la dirección especial del Espíritu Santo, que lleva al alma al terreno donde debe gastar sus fuerzas, dirigiéndolas en el trabajo y la cultura de este campo misterioso. ¡Oh! cuánto importa que los directores de almas comprendan esta verdad práctica del orden espiritual para no exponernos á contrariar en su obra, una y múltiple á la vez, al grande obrero de la salvación y de la perfección de las almas, al Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere. Por no haber comprendido esta economía de la gracia en las almas, muchos directores han embarazado la obra de Dios, deteniendo en su marcha hacia la perfección á tantos corazones generosos recién llegados á ella; y, por consiguiente, poniendo obstáculos á la salud de muchos pecadores, para los cuales estas almas que llegan á la santidad, habrían obtenido la gracia de su conversión.

Relacionando esta doctrina con nuestro objeto, no tememos afirmar que Dios destina á cada uno de los cristianos que sufren en unión con su divino Hijo, un campo particular, donde el sufrimiento debe dar especialmente frutos de salud para ellos y para los demás. Entremos en algunas explicaciones y mostremos á cada uno de los apóstoles del sufrimiento en el puesto de honor en que la divina Providencia le ha colocado.

Empecemos por la familia cristiana que representa la santa Iglesia, es decir, la gran familia católica, de la cual aquella es un fragmento. Desgraciadamente, no sucede siempre que cada uno de los miembros que la componen sea un miembro vivo. Con frecuencia ocurre, sobre todo en este siglo corrompido y corruptor, que Dios encuentra enemigos hasta en el seno de estas familias, donde no debería encontrar más que amigos y fieles servidores; pero frecuentemente también, en virtud

de un contraste por el que debemos bendecir á la dulce Providencia, al lado de estas almas manchadas por el aliento pestilencial del pecado, aparece la suave y serena figura del sufrimiento, personificado en un ángel de pureza y de candor, que sufre y ora por los miembros de su familia, que no quieren ni orar ni sufrir. ¡Oh! ¿Quién expresaría la excelencia, la eficacia de la misión verdaderamente divina que llenan en el seno de sus familias estos ángeles de paz, estas víctimas inocentes, cuyas oraciones y sufrimientos desvían de las cabezas de sus parientes, como otros tantos pararrayos, las chispas de la divina Justicia, en el momento en que van á vibrar sobre ellas?

Desde el instante en que la inocente María vino á la tierra, ha cumplido esta misión de misericordia, en favor de toda la familia humana, de la cual, por sus ardientes oraciones, por sus incomparables virtudes, y por su admirable paciencia, es la abogada y la víctima de agradable olor.

Mónica, madre de Agustín, gimió al ver al hijo de su ternura olvidarse de sus piadosas lecciones, é irse, nuevo pródigo, á gastar en culpables placeres los años más bellos de su juventud. Pero Mónica es madre y cristiana: sabe lo que valen cerca del que cuenta hasta los menores suspiros que se exhalan por su amor, las oraciones y las lágrimas de una madre que pide al Señor que la conceda la conversión de su hijo; y ruega, llora, sufre, para obtener esta gracia en favor de su Agustín, y es oída, ya se sabe con qué liberalidad, ó mejor aún, con qué munificencia, por parte de Dios. Porque no solamente se la concede la conversión de su hijo, sino que también se le elige como á vaso escogido, donde se depositan, con los más suaves perfumes de la virtud, los tesoros de una ciencia toda divina. Santo Obispo, Doctor eminente, genio católico incomparable, Agustín difunde con sus virtudes, con su doctrina, con sus inmortales escritos tanta claridad en la Iglesia, que esta santa esposa de Jesucristo resplandece con una gloria nueva, y se reviste como con un manto de honor.

¡Oh poder de la oración y de los sufrimientos padecidos en unión con Jesucristo, por la conversión de los pecadores, sobre todo, de los que están unidos á nosotros por los lazos de la sangre!

Madres cristianas, esposas cristianas, que leáis este libro, acordaos siempre de Mónica, madre de Agustín. A ejemplo de este modelo completo de madres y esposas cristianas, sed apóstoles en el seno de vuestras familias, no sólo por vuestras oraciones, buenos consejos y buenos ejemplos, sino también por vuestros sufrimientos, por vuestras penas, por vuestras tristezas, soportadas con resignación, con amor, por la conversión de vuestro esposo que no practica su religión, que es quizás un impío, un escandaloso, por la conversión, ó la perseverancia de vuestros hijos, á quienes el soplo corrompido del siglo ha echado á perder, ó que corren el peligro de sufrir su mortal influencia.

Si; sed apóstoles por el sufrimiento, ante todo por aquellos á quienes Dios os ha unido con los lazos de la sangre, de una manera más estrecha; y extended después en una justa proporción la influencia de este apostolado á todos los miembros de vuestra parentela. Sea este el campo de predilección donde le ejerzáis con preferencia; y cumplido este primer deber, no olvidéis que el corazón del cristiano debe ser grande como el mundo y debe abrazar á todos los hijos de la Iglesia, nuestros hermanos, miembros de Jesucristo como nosotros; á todos los hijos de la humanidad, nuestros semejantes, criaturas de Dios, como nosotros. He aquí por qué, después de decir á nuestro Señor con ese fervor del corazón que va derecho á su Corazón divino: «¡Oh Jesús mío! dignaos aceptar los sufrimientos, la tristeza, las privaciones que padezco por la conversión de mi marido, de mis hijos, de mi hermano, de mi hermana, de mis parientes, ó por su perseverancia en el bien;» se le debe decir: «¡Oh Jesús! aceptadlo también por las necesidades de la santa Iglesia, mi madre; del soberano Pontífice, mi padre; de todos los cristianos, mis hermanos; sobre todo, los de esta parroquia, por la per-

severancia de los justos, la conversión de los pecadores, la salud de los moribundos, principalmente los que morirán hoy; por las almas del purgatorio; por la extirpación de las asociaciones anticatólicas que os quieren tan mal; por la humillación de vuestros enemigos; y, en fin, por la conversión de los infieles».

Así soportado y ofrecido tu sufrimiento, en unión con nuestro Señor Jesucristo, entrará en las condiciones requeridas para ser un sufrimiento perfectamente apostólico. Padeciendo de esta suerte, y para estos fines, secundarás la doble impulsión, de que te hemos hablado, que el Espíritu Santo tiene la costumbre de imprimir en las almas dóciles, á saber: una impulsión de celo universal que inclina al alma á orar y á sufrir por todo el cuerpo de la Iglesia, por las necesidades espirituales de todos sus miembros, y lo mismo por la humanidad entera; y una impulsión de celo más circunscrita, que la lleva á orar y á sufrir de una manera más especial, por tal persona ó por cual clase de personas, por tal necesidad de la Iglesia en particular, por tal fin ó por cual otro.

¡Oh miembros de las familias cristianas, padres, madres, hijos, hermanos y hermanas, cumplid los unos para con los otros este doble apostolado de la oración y del sufrimiento; y cuando la adversidad visite vuestra morada, despertese vuestra fe, y dad gracias al Señor. Esta adversidad, este mal, este revés de la fortuna, esta desgracia, esta dolorosa separación, son la cruz de Jesucristo, que ha sido plantada en vuestra casa. Ese miembro de vuestra familia que se halla enfermo ó afligido, es un miembro de Jesucristo afligido y enfermo, si sabe unir su enfermedad y sus males á los sufrimientos del Salvador: es de alguna manera Jesucristo mismo, cosido á la cruz en la persona de su miembro doliente. Si por un milagro de Dios todopoderoso se trasformara de golpe vuestra casa en calvario, y os fuera dado contemplar á vuestro divino Redentor en la cruz, clavados sus pies y sus manos, coronada de espinas la cabeza y

el cuerpo todo ensangrentado, ¡con qué respeto, con qué compasión, con qué amor miraríais á vuestro Salvador, sufriendo y muriendo por nosotros! Pues bien; sabed que este conmovedor espectáculo se presenta de cierta manera á vuestros ojos todas las veces que hay en vuestra familia un miembro de Jesús, que sufre cristianamente. Entonces vuestra casa es un segundo Calvario. El lecho del dolor del pobre enfermo, sobre todo, del pobre agonizante, es una cruz á la cual está clavado: y representa á Jesús, sufriendo, agonizando y muriendo. Vosotros miráis como una bendición tener un crucifijo en vuestra casa, en vuestro cuarto ó en vuestro oratorio. ¡Ah! creedlo; un cristiano enfermo, probado, que soporta sus sufrimientos con paciencia y amor, es un crucifijo vivo. Su sólo presencia en vuestra casa atrae sobre los que la habitan las bendiciones celestes, ó aleja las maldiciones que caerían sobre ella quizás á causa de los pecados de muchos de sus miembros.

La venerable Ana Taigi, cuyo proceso de beatificación instruye la Iglesia en estos momentos, ha presentado en los últimos tiempos un ejemplo admirable de este Apostolado del sufrimiento en el seno de la familia. Esposa y madre cristiana, cumplió todos sus deberes con una perfección digna de ser propuesta por modelo; pero lo que hubo quizás más admirable en esta mujer fuerte fué su paciencia invencible en medio de los sufrimientos; y el grande amor con que los sobrellevó para las necesidades de la Iglesia y de las almas, en particular para las necesidades espirituales y temporales de los suyos, sobre todo, de su marido y de sus hijos. Nuestros lectores agradecerán que consignemos aquí un resumen sucinto de esta santa y noble vida, tomado de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*.

«Entonces, por un verdadero prodigio de misericordia, arrancó Dios á Ana María Taigi del torbellino de la vanidad y de la disipación, que había arrastrado su juventud, y la hizo conocer que en lo sucesivo no debía vivir para sí misma, sino para

sacrificarse toda entera por la salvación de las almas y por el triunfo de la Iglesia. Desde entonces, en efecto, se identificó con el cuerpo místico de Jesucristo y sintió los dolores ajenos más vivamente que los propios, ofreciéndose en holocausto para obtener el alejamiento de los azotes que veía caer sobre la sociedad cristiana. En vista de esta misión, toda apostólica, le fué acordado el milagroso don de que hemos hablado más arriba. (El redactor alude aquí al don extraordinario con que fué favorecida Ana María, que la presentaba los acontecimientos futuros en un sol milagrosamente colocado debajo de sus ojos.) Este misterioso sol, imagen de la luz divina, la manifestaba todos los acontecimientos dichosos ó desgraciados que interesaban á la Iglesia, y más de una vez consiguió, á fuerza de sufrimientos, alejar ó atenuar los golpes de la divina Justicia. Dios mismo la exhortaba á sacrificarse por la salud de su pueblo, y El se encargaba de cumplir este sacrificio. Durante su vida entera la retuvo sobre la cruz. He aquí un ligero esbozo de este martirio de cuarenta años, trazado por el confesor de Ana María.

»La piadosa mujer sufría continuamente males extraordinarios de cabeza, que aumentaban de intensidad el viernes, sobre todo, durante las horas de la pasión del Salvador..... Sus ojos estaban como atravesados de espinas y no podían soportar la luz del día. Sus oídos sufrían un reumatismo agudo que era casi continuo..... Por otra parte, las privaciones voluntarias que se imponía en el uso de los alimentos, producían en su boca una amargura insoportable. Su olfato percibía de una manera sensible la horrible infección de los pecados del mundo, y esto era un tormento intolerable. Sus pies y sus manos sufrían dolores violentos y agudos, y todo su cuerpo estaba atormentado. La pobre mujer fué atacada, en los últimos años de su vida de una multitud de enfermedades, tales como la gota, asma, hernias y dolores en las rodillas. El sacerdote que vivía con ella me aseguró que durante sus pesadas agonías, iba á ver de tiempo en

tiempo cómo se encontraba: la respuesta era: *Sufrimientos de muerte*. Y él añadía: Hagamos la voluntad de Dios y digamos: *Fiat voluntas tua*. Estas palabras la reanimaban, y con aire alegre y sereno, con toda la energía de que era capaz le respondía: *Sicut in celo et in terra*.

»Crucificada sobre su lecho de dolor, era el consuelo de los demás; la paz y la alegría de los que la veían; el aliento y el valor de los afligidos. Interesábase afectuosamente por todos con una benevolencia inexplicable, olvidando sus propios sufrimientos: siempre tranquila, alegre y valerosa; siempre resignada en todo con la voluntad de su divino Esposo».

A estos dolores del cuerpo se unían frecuentemente los del alma, más intolerables todavía: las horribles tentaciones del demonio, las persecuciones injustas de los hombres, verdaderas agonías, durante las cuales parecía que Dios la abandonaba. Ana María soportaba estos sufrimientos con alegría, y los aumentaba con gran número de sufrimientos voluntarios, para obtener el triunfo de la Iglesia y la conversión de sus enemigos. Sobre todo, oponía los esfuerzos de su celo y el fervor de sus oraciones, á la infernal actividad de las sociedades secretas, cuyas tenebrosas conjuras la revelaba Dios. Escuchemos á su confesor.

«Desde la vuelta de Pío VII, vió en este misterioso sol los planes homicidas de las sociedades secretas contra Roma, y particularmente contra el alto clero. Se dirigió muchas veces á San Pablo para elevar su corazón ante Dios. Entonces fué cuando su ardiente caridad la llevó á interceder con fervorosas y continuas oraciones y á ofrecerse á su divina Justicia, como víctima voluntaria. Sus oraciones fueron tan perseverantes y fervorosas que Dios la prometió expresamente que los planes de los impíos no tendrían éxito nunca en Roma; que si les dejaba el campo libre para obrar, los detendría siempre en el momento en que se creyeran seguros de triunfo; pero que, de su parte, debía ella disponerse á satisfacer á su justicia, en compensa-

ción de gracias tan señaladas. Así, todas las veces que las maquinaciones de las logias masónicas fueron descubiertas, la sierva de Dios se sintió herida de enfermedades mortales, de persecuciones, de miserias, de calumnias y de terribles penas de espíritu. La piadosa mujer no desmayó jamás, y cuando veía reaparecer en el misterioso sol los planes descubiertos, urdidos de nuevo..... recordaba al Señor su promesa, para pagar en seguida el precio de estas gracias con nuevos sufrimientos. Este fenómeno duró toda su vida. ¡De cuánto no es deudora la Iglesia á las oraciones y á las penitencias de esta piadosa mujer! ¡De cuánto no la es deudora la ciudad de Roma en particular!

»Ana María predijo igualmente la elección de Pío IX, y las pruebas con que este admirable Pontífice fué distinguido. Pero también anunció de la manera más afirmativa que estas tribulaciones serían seguidas de un gran triunfo.

»Hablaba frecuentemente al sacerdote, su confesor, de la persecución que la Iglesia había de sufrir y de la desdichada época en que se vería cómo se desenmascaraba una turba de gentes, á quienes se creía estimables. Algunas veces preguntaba á Dios quiénes serían los que resistieran á esta terrible prueba, y Dios la contestó: «Aquellos á quienes yo concederé la humildad». Por esto, Ana María estableció en su familia la costumbre de recitar después del rosario de por la tarde tres *Pater noster*, *Ave* y *Gloria Patri*, á la Santísima Trinidad, para obtener de su misericordia y bondad infinitas mitigar los castigos que su justicia reservaba á estos tiempos desdichados. Estos castigos se le habían manifestado muchas veces en el misterioso sol y á Dios plugo revelarla, lo mismo que á su Iglesia, que, después de atravesar por muchas y dolorosas pruebas, conseguiría un triunfo tan brillante, que los hombres se asombrarían; pues las *naciones enteras* retornarían á la unidad de la Iglesia romana, y la tierra cambiaría de faz. Tal fué Ana María, verdadera víctima de elección, digna de figurar en el número de las especiales, de

que nos reservamos hablar en uno de los capítulos siguientes (1).

Hemos leído de otra piadosa mujer de Burgos, en España, que había tenido durante largo tiempo que sufrir mucho de parte de su marido, hombre brutal y sin religión, que la daba tratamientos de una crueldad desconocida, soportados por ella con una paciencia heroica. Después de cuarenta años de matrimonio, este hombre malvado, castigado como se merecía, fué atacado de una enfermedad cruel. Su piadosa mujer redobló sus cuidados y se dedicó toda á él. Habiendo reconocido que el mal era de muerte, le decidió á recibir los últimos Sacramentos. Cuando perdió la palabra, ella no cesó de estar á su lado, consolándole, exhortándole, fortaleciéndole y prestándole hasta que exhaló su último suspiro los servicios de la caridad más tierna. Esta santa mujer no tuvo por qué arrepentirse de su larga paciencia y de sus cuidados, prodigados al hombre ingrato que tan poco los merecía. En efecto, después de su muerte, Santa Teresa supo por revelación que se había salvado, anunciando á esta santa viuda que por su heroica paciencia había ganado para el cielo el alma de su marido. Fácil es comprender cuál fué su alegría por esta dichosa nueva, y las vivas acciones de gracias que elevó al Señor. Tal es la maravillosa eficacia y la divina misión del sufrimiento en el seno de la familia.

(1) Véase la Vida de esta venerable sierva de Dios, por el R. P. Bouffier, de la Compañía de Jesús (un volumen en 12.^o: París, Ambrosio Bray.)—Véase *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, Noviembre de 1865. Esta religiosa é interesante Revista tiene por objeto dar á conocer y propagar más y más la devoción del *Sagrado Corazón* y *El Apostolado de la Oración*. Sale á luz todos los meses por entregas de 128 páginas próximamente (en 12.^o). El precio de suscripción es 5 pesetas para Francia. Se hace la suscripción en Tolosa (Alto-Garona) dirigiéndose al Director de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*. Invitamos á nuestros lectores á suscribirse á esta Revista, si ya no lo han hecho, y á propagarla cuanto les sea posible.

CAPÍTULO XVI.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO ENTRE LOS ENFERMOS
Y LOS AGONIZANTES.

En diversos pasajes de este libro hemos hecho entrever las ventajas de las enfermedades, soportadas con paciencia y la eficaz virtud apostólica que en ellas se encierra. Mas para consuelo de los pobres enfermos y agonizantes, á quienes nuestro Señor asocia á su sacrificio, teniéndolos como clavados en su propia cruz, vamos á hablar en este capítulo, más extensamente, del saludable apostolado que pueden ejercer, soportando las enfermedades y aceptando la muerte con resignación, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas.

Escribimos expresamente este capítulo para vosotros, queridos enfermos, que languidecéis quizás después de muchos años en ese estado de debilidad, de parálisis y de impotencia, más penoso que una enfermedad aguda. Agoviados por la fatiga ó por la vejez, ó acaso jóvenes todavía; abrumados por el peso de precoces enfermedades, gemís al veros reducidos á esa inacción forzada, que contraría los entusiasmos de vuestro celo, si estáis deseosos de la salvación de las almas; que no os permite ocuparos en los ejercicios de la vida común si sois religiosos; entregaros á las funciones de vuestro santo ministerio si sois sacerdotes; ocuparos activamente, como los demás, en los negocios y trabajos de vuestra casa, si sois padres ó madres de familia ó de otra condición. Consolaos: esas enfermedades, esa salud endeble, esa impotencia que os contrista, se convertirán, si los sabéis servir de ellas, en instrumento poderoso de santificación para vosotros y de salud para los demás.